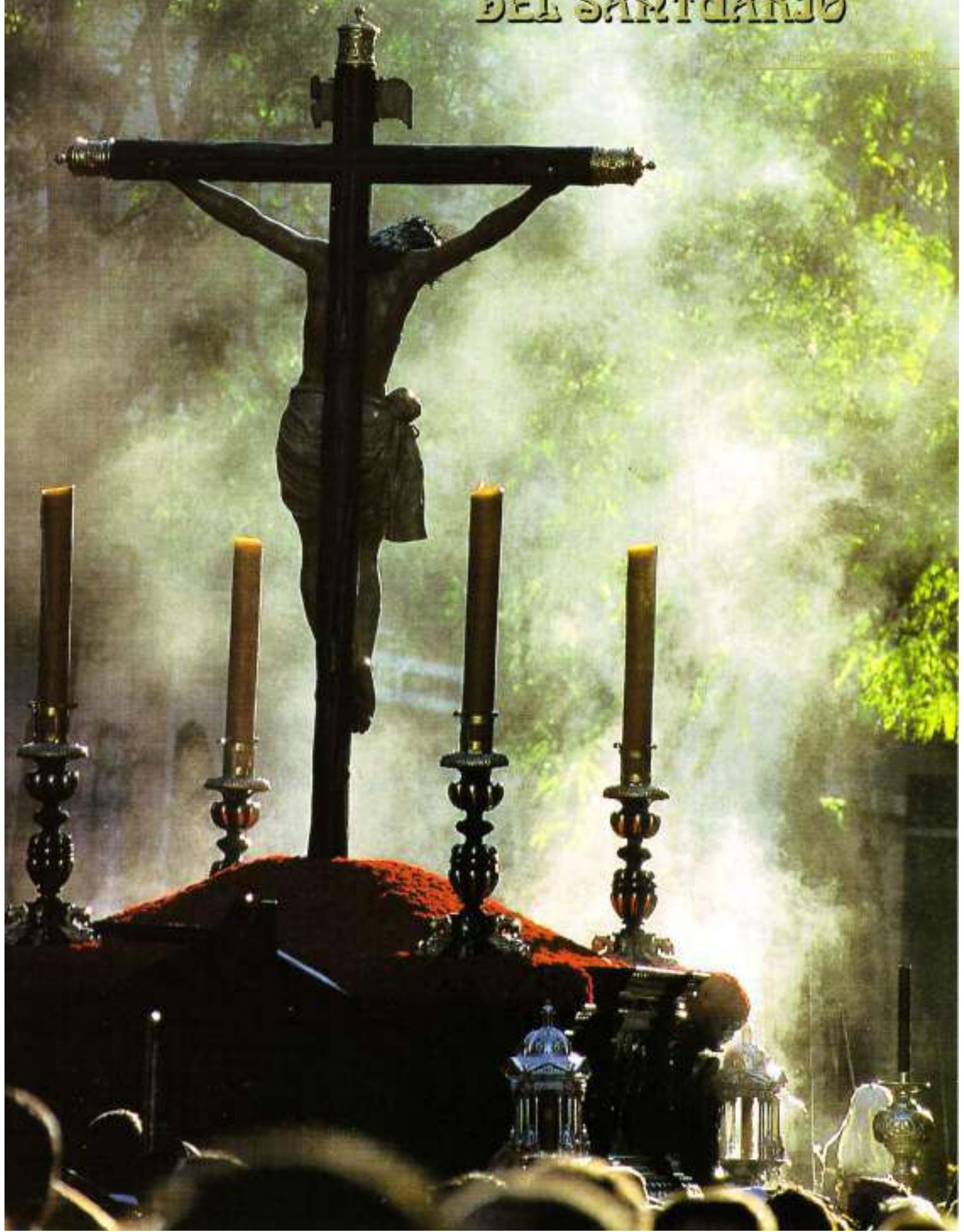
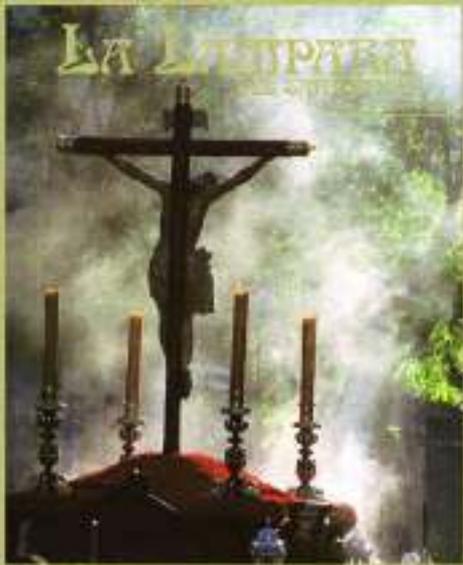


LA LÁMPARA

DEL SARTUQUEO





LA LÁMPARA DEL SANTUARIO

Edita:

Adoración Nocturna Española

Dirección:

Jesús González Prado

Consejo de Redacción:

Pedro García Mendoza

Francisco Garrido Garrido

Avelino González González

Angel Blanco Marín

Administración:

Victoriano Molina Torrado

Colaboran en este número:

José Luis Otafto Echaniz

Domingo Muñoz León

Alejandro Martínez Sierra

Lino E. Diez Valladares

Redacción y Administración:

Barco, 29 -1."

Teléf.: 915 226 938 - Fax: 914 465 726

28004 Madrid

www.adoracion-nocturna.org

E-mail: consejo@adoracion-nocturna.es

E-mail: consejo@adoracion-nocturna.org

Imprime:

Gráficas Chamorro

Barreras,15 - Téf.: 953 740 426

E-mail: juanc.chamorro@telefonica.net

23440 Baeza

Marca n.º 535.268

"La Lámpara del Santuario"

Depósito Legal:

M-42307 - 2001

ISSN 1579-9492

3ª Epoca · N.º 28 · Julio · Septiembre 2008

Sumario

- 1 Adorado sea el Santísimo Sacramento
La Eucaristía, nuestra fuerza
- 2 Nuestra Portada
La Cruz en el centro
- 4 Voz de la Iglesia
La Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia
- 9 Eucaristía y Vida Cristiana
Celebración Eucarística y Adoración
- 12 En Memoria Mía
Para una mayor participación interna, la liturgia es oración
- 15 Los Salmos y su dimensión Eucristica
El Señor es mi Pastor
- 17 El misterio de la fe
Cristo, sacerdote
- 20 Ave maría Purísima
En la escuela de María, Mujer eucarística
- 23 De nuestra vida
Encuentro Nacional de jóvenes
- 25 Loa
- 26 Tres Meses
- 28 Ex-Libris

Agradecemos la
colaboración de



ADORADO SEA EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

LA EUCARISTÍA, NUESTRA FUERZA

«Levántate y come porque te queda todavía mucho camino. Se levantó comió y bebió y anduvo con la fuerza de aquella comida cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios»
(I Reyes 19, 7-8)

LARGO camino el del profeta Elias, huyendo de Jezabel, hasta el monte Horeb. Pero se le dio una comida milagrosa para poder recorrerlo.

Largo camino y lleno de dificultades el de la Iglesia y el de todo cristiano hasta llegar a la Jerusalén celestial, nuestra meta. Pero para hacer ese largo camino se nos da una comida que nos sostiene en tantas dificultades, dudas y tropiezos.

Porque no nos ha prometido el Señor triunfos y éxitos sino que nos ha anunciado persecuciones, cárceles, fracasos.

Quizás recordamos algunos maravillosos cuadros sobre "El triunfo de la Iglesia". Pero no nos olvidemos que el triunfo de Cristo es la Cruz. "Dios reinará desde el madero" (regnavit a ligno Deus). "Cuando sea levantado sobre la tierra atraeré todo hacia mí" (Jn 12, 32) y como consecuencia de ese triunfo la resurrección, triunfo definitivo de Cristo y comienzo y seguridad de nuestro triunfo.

El triunfo de la Iglesia y del cristiano pasa por la cruz. Una Iglesia en agonía hasta el fin de los tiempos y que va triunfando ya en el dolor, en la sangre de los mártires, en la entrega y seguimiento de la cruz de sus discípulos. Una Iglesia que ha triunfa-

do y con Cristo en cabeza. Y en ese largo camino se nos da un pan para poder recorrerlo.

Esa realidad de la cruz no equivale a una actitud pasiva, a una pura y callada resignación. Al predicar el Evangelio, el testimonio cristiano es el "combate de la fe" al que nos insta S. Pablo y para el que enumera las armas de ese combate (Ef 6, 10-18). Pero sabemos que nuestra capacidad y nuestra fuerza nos viene de lo alto. Que necesitamos de ese pan que nos sostenga, que nos dé fuerzas para continuar.

A veces, en la Iglesia hemos abandonado o minusvalorado la Eucaristía por otras tareas eclesiales que pensábamos, más actuales, más eficaces o vigentes. O más "de moda". Y no pocas veces hemos sentido el agotamiento de la acción, el desánimo, el sentimiento de ineficacia.

«Este es el pan de vida
hecho comida de los caminantes»

(Himno Lauda Sion salvatores, S. Tomás de Aquino)

«¡Hostia de salvación
que nos abre las puertas del cielo!
los asaltos del enemigo nos abruma
danos fuerzas, auxilíanos»

(Himno Verbum Supernum, S. Tomás de Aquino)

NUESTRA PORTADA

LA CRUZ EN EL CENTRO

El Dios de todas las religiones es el Dios del poder, de la omnipotencia. El Dios de Sócrates es la sublimidad del pensamiento supremo. El Dios de los hindúes es el gran universo que teje todas las existencias individuales. El mismo Dios del antiguo testamento es el Señor de los ejércitos, el hacedor de milagros.

Pero el Dios que vamos a encontrar en la cruz es bien diferente. Como dice Von Balthasar, *al servir y lavar los pies a su criatura, Dios se revela en lo más propio de su divinidad y da a conocer los más hondo de su gloria*. No es ya un Dios de poder, es un Dios de amor, un Dios de servicio. Es un Dios que baja y desciende y así muestra *su verdadera grandeza*. Deja de ser primariamente absoluto poder, para mostrarse como absoluto amor. Su verdadera soberanía se muestra en el no aferrarse a lo propio, sino en el dejarlo. Crece entregándose. Por eso el hombre puede amarle, más que adorarle únicamente. Como escribe Alain:

Se dice que Dios es omnipotencia. Pero a la omnipotencia no se la ama. Y así el poderoso es el más pobre de todos. Sólo se ama la debilidad.

Porque, como recuerda Bonhoeffer:

Cristo nos ayuda no con su omnipotencia,, sino con su debilidad y sus sufrimientos.

¡Qué ingenuos somos al creer que Dios creció en su encarnación! *La encarnación —como dice san Cirilo— no es un incremento, sino un vaciamiento*. Y es la cruz quien nos va a mostrar verdaderamente ese rebajarse de Dios, esa *kenosis* de la

que tanto hablan los padres griegos. Oigamos sus palabras:

No hay por qué tener miedo a decir que la bondad de Cristo aparece mayor, más divina y realmente conforme a la imagen del Padre, cuando se humilla obediente hasta la muerte y muerte de cruz, que se hubiera tenido por bien indeclinable el ser igual a Dios y se hubiera negado a hacerse siervo por la salvación del mundo (Orígenes). Nada hay tan sublime como el que Dios derramara su sangre por nosotros (Juan Crisóstomo).

Prueba mucho más patente de su poder que la magnitud de sus milagros es el que la naturaleza omnipotente fuera capaz de descender hasta la bajura. La altura brilla en la bajura, sin que por ello quede la altura rebajada (Gregorio de Nisa).

No vino a más, sino que, siendo Dios, tomó la condición de siervo, y, al hacerlo, lejos de venir a más, se puso por los suelos (Atanasió).

La cruz nos descubrirá así al verdadero Dios: al Dios humilde. Y humilde en el sentido más radical de la palabra: el grande que se inclina ante el débil, el todopoderoso que valora lo pequeño no porque reconozca que «también lo pequeño tiene su valor», sino que lo valora «precisamente porque es pequeño».

Por todo esto digo que la cruz es «revolucionaria», porque está llamada a cambiar nuestros conceptos, nuestras ideas sobre la realidad. A cambiar, sobre todo, nuestra vida.

Porque —y esta es la más profunda intención de este capítulo— desde la cruz Jesús no nos dice: mirad cuánto sufro, admiradme, sino mirad lo que yo he hecho por vuestro amor, tomad vuestra cruz, seguidme. Jesús no murió para despertar nuestras emociones, sino para salvarnos, para invitarnos a una nueva y distinta manera de vivir. Una cruz que no conduce al seguimiento es cualquier cosa menos la de Cristo.

Por eso acercarse a la cruz es arriesgado y exigente. Invita a la «segunda conversión». Como le sucedió a san Agustín: primero se convirtió al Dios único y bueno. Y, después, al Dios crucificado. Así lo cuenta en el capítulo siete de sus Confesiones. Porque después de descubrir a Dios aún no era cristiano. Sólo cuando Dios se hizo concreto para él en el Crucificado descubrió que *todo el fulgor del mundo redimido brota de la sedienta raíz del Dios paciente.*

Jesús lo dijo bien tajantemente con una de sus características más típicas: los líderes (políticos, humanos) que buscan seguidores les muestran un horizonte de éxitos y les ocultan, o minimizan, las dificultades que encontrarán por el camino. Cristo, por el contrario, apenas habla de su resurrección y, cuando lo hace, como en la transfiguración, lo hace casi a escondidas, como vergonzosamente. En cambio deja bien claro el dolor que tendrán que pasar sus seguidores para llegar al triunfo.

Sus órdenes a los suyos son tajantes en este sentido: *Si alguno quiere venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo, que tome su cruz y que me siga* (Mt 16, 24). Y esto no se lo pide sólo a sus discípulos y elegidos. El evangelista tiene buen cuidado de recordar que esta frase fue pronunciada *para la multitud junto con los discípulos* (Me 8, 34). Y Mateo lo dirá más tajantemente: *Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí.*

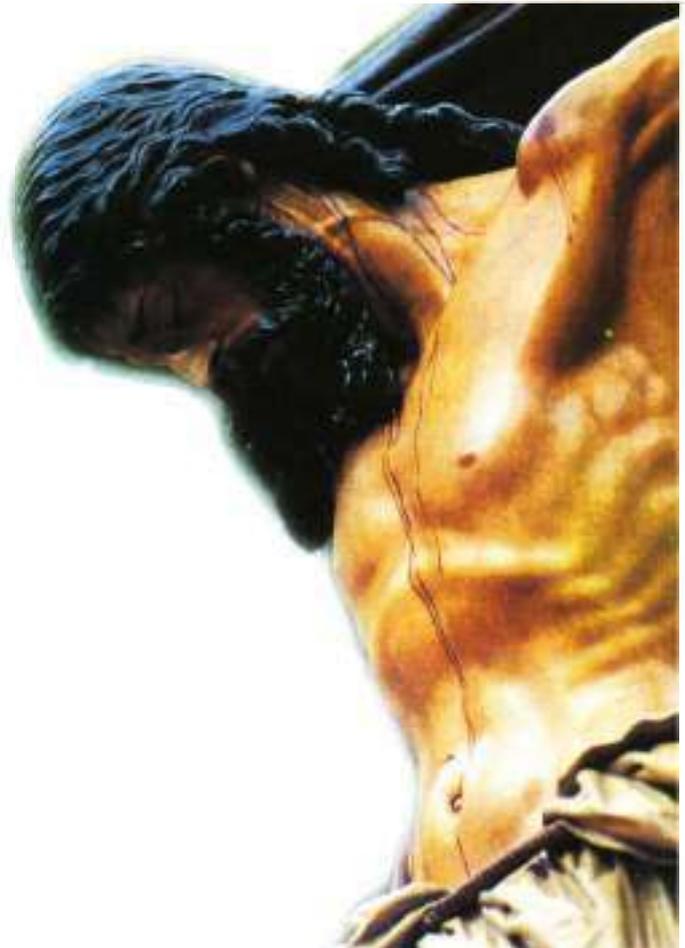
Todos los cristianos auténticos lo han entendido así. *Hay que seguir desnudos*

al Cristo desnudo, clamaba san Jerónimo. Y, en nuestro siglo, ese gran enamorado de la cruz que fue Carlos de Foucauld no quería que en sus comidas le sirviesen vino, no por hacer una mortificación, sino porque quería ver siempre, gracias a la transparencia del agua, los instrumentos de la pasión que había dibujado en el fondo de su vaso.

Inventarse, pues, un cristianismo descafeinado, descrucificado, es ignorarlo todo sobre Cristo. Y no es esto una invitación a la tristeza. La verdadera cruz le habla al creyente mucho más de amor que de dolor, o, en todo caso, de ese dolor que surge del verdadero amor. El signo de la cruz no es un adorno, pero tampoco un espantajo. Es una bendición. San Agustín lo dijo hermosa mente: *Los hombres signados con la cruz pertenecen ya a la gran casa.*

José Luis Martín Descalzo

"Vida y Misterio de Jesús de Nazaret"
Ediciones Sigúeme, Salamanca 1988





VOZ DE LA IGLESIA

LA PALABRA DE DIOS EN LA VIDA Y EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA (II)

COMO ya se sabe la XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, que se celebrará desde el 5 al 20 de Octubre del 2008 en Roma tiene como tema **La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia**. Este Sínodo, entre otros, tiene dos puntos de referencia: El primero está dado por el precedente Sínodo sobre la Eucaristía, a la cual la Palabra de Dios se une constituyendo una única mesa del Pan de vida; Por otra parte el próximo Sínodo se desarrolla durante el Año Paulino, en la viva memoria del Apóstol que fue testigo de la Palabra de Dios y anunciador ejemplar de la misma, maestro permanente en la Iglesia.

Un deseo de muchos Pastores es que la contribución final del Sínodo no sea solo informativa, sino que llegue a la vida, provoque aquella participación, según la cual la Palabra de Dios se hace viva, eficaz, penetrante, a través de un lenguaje esencial y comprensible a la gente.

I

La Palabra de Dios es cómo un canto a varias voces, en cuanto Dios la pronuncia de muchas formas y de diversos modos, dentro de una larga historia y con diversidad de anunciadores, pero donde aparece una jerarquía de significados y de funciones.

Pero la Palabra de Dios no queda encerrada en la escritura. Si bien la Revelación ha concluido con la muerte del último Apóstol, la Palabra revelada continúa siendo anunciada y escuchada en la historia de la Iglesia, que se compromete a proclamarla al mundo entero para responder a su necesidad de salvación.

La Iglesia en cuanto misterio del Cuerpo de Jesús encuentra en la Palabra el anuncio de su identidad, la gracia de su conversión, el mandato de su misión, la fuente de su profecía y la razón de su esperanza.

La viva conciencia de pertenecer a la Iglesia, Cuerpo de Cristo, será efectiva en la medida en que se puedan articular de manera coherente las diversas relaciones en la Palabra de Dios: Una Palabra anunciada, una Palabra meditada y estudiada, una Palabra rezada y celebrada, una Palabra vivida y propagada.

La Iglesia se define como Iglesia que escucha. Es en la medida en que escuche que ella puede ser también Iglesia que proclama. "La Iglesia no vive de si misma, sino del Evangelio, y en el Evangelio encuentra siempre de nuevo orientación para su camino" (Benedicto XVI).



La comunidad cristiana se siente engendradora y renovada por la Palabra de Dios para descubrir el rostro de Cristo. "Quién desconoce las Escrituras no conoce a Cristo" (San Jerónimo). La Liturgia es el lugar primario del encuentro con la Palabra de Dios.

El Antiguo Testamento es profecía del Nuevo Testamento, y el mejor comentario al Antiguo Testamento es el Nuevo Testamento.

No basta con una lectura superficial de la Biblia. Es necesario cultivar en el pueblo una relación orante, personal y comunitaria con la Palabra de Dios, la cual suscita y alimenta la respuesta de fe. Dios habla, pero sin la escucha del creyente la Palabra se muestra dicha, pero no recibida.

"En los libros sagrados, el Padre, que está en el cielo, sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos". Se trata de una actitud de oración: "diálogo de Dios con el hombre", pues "a

Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos su palabra".

En la historia de la salvación emergen grandes figuras de oyentes y evangelizadores de la Palabra de Dios: Abrahám, Moisés, los profetas, los Santos Pedro y Pablo, los otros apóstoles y los evangelistas. Ellos escuchando la Palabra del Señor y comunicándola han hecho espacio al Reino de Dios.

En esta perspectiva asume un papel central la figura de la Virgen María, la cual ha vivido de modo incomparable el encuentro con la Palabra que es el mismo Jesús. Por este motivo, ella es un modelo providencial de toda escucha y anuncio. Educada en la familiaridad con la Palabra de Dios en la experiencia intensa de la Escritura del pueblo al cual pertenece, María de Nazaret, desde la Anunciación hasta la Cruz, y aún hasta Pentecostés, recibe la Palabra en la fe, la medita, la interioriza y la vive intensamente. En virtud de su "Sí",

dado inicialmente, y nunca interrumpido, a la Palabra de Dios, ella sabe observar en torno a sí, y vive las urgencias de lo cotidiano, siendo consciente de que lo que recibe como don del Hijo es para todos: en el servicio a Isabel, en Canaá y junto a la Cruz. Por tanto, a ella se aplica cuanto ha dicho Jesús en su presencia: " mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen".

María buscaba el sentido espiritual de la Escritura y lo encontraba relacionándola con las palabras, con la vida de Jesús y con los acontecimientos que ella iba descubriendo en la historia personal. María es nuestro modelo tanto para acoger la fe, la Palabra, como para estudiarla. A ella no le basta recibirla, la medita atentamente. No solo la posee, sino que al mismo tiempo la valoriza. Le da su consentimiento, y también la pone en práctica.

María enseña a no permanecer como extraños espectadores ante una Palabra de vida sino a transformarse en participantes, haciendo propio el " héme aquí" de los profetas y dejándose conducir por el Espíritu Santo que habita en nosotros.

Como la Virgen María, templo del Espíritu, con una vida silenciosa, humilde y escondida, así la Iglesia toda ha de ser educada para testimoniar este estrecho vínculo entre Palabra y Silencio, Palabra y Espíritu de Dios. La escucha de la Palabra en la fe se transforma luego en el creyente en comprensión, meditación, participación, actuación.

II

La Palabra de la Escritura es una palabra que Dios dirige a cada uno personalmente como una carta en las concretas circunstancias de la vida. La Iglesia nace y vive de la Palabra de Dios; la Palabra de Dios sostiene a la Iglesia a lo largo de la historia; La Palabra de Dios penetra y anima, con la presencia del Espíritu Santo, toda la vida de la Iglesia.

Después del Concilio Vaticano II se lee más la Palabra de Dios especialmente en la liturgia eucarística. "hay que alegrarse de ver que gente humilde y pobre, toma la Biblia en su manos y puede aportar a su interpretación y actualización una luz más penetrante, desde el punto de vista espiritual y existencial, que la que viene de una ciencia segura de si misma".

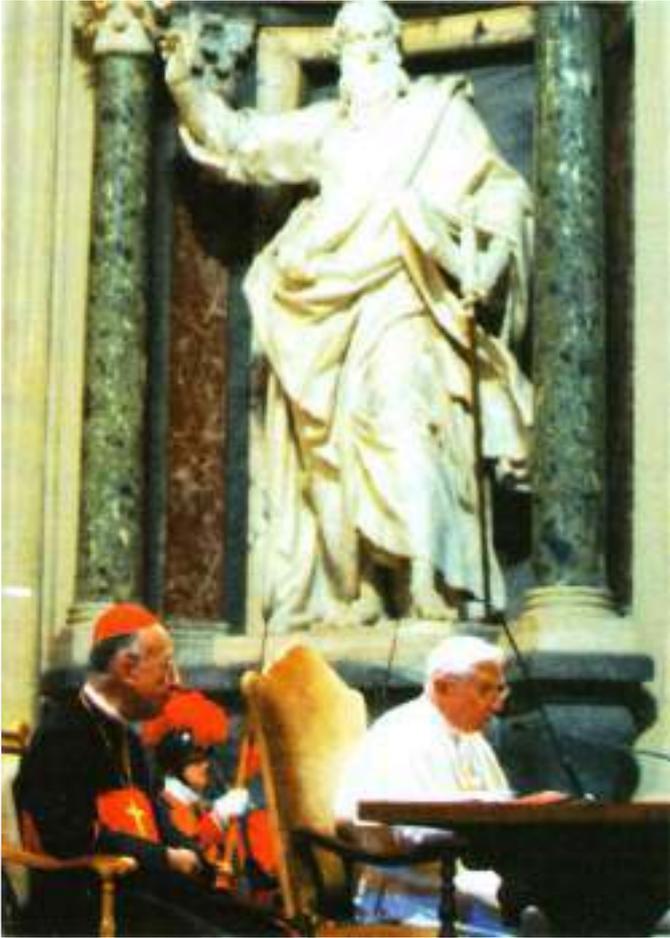
Urge mantener viva en la comunidad la docilidad al Espíritu Santo, superando el riesgo de apagar el Espíritu con el excesivo activismo y la exterioridad de la vida de fe, evitando el peligro de la burocratización de la Iglesia, de la acción pastoral limitada a sus aspectos institucionales y de la reducción de la lectura bíblica a una actividad más entre otras. La comunidad cristiana, por tanto, se construye cada día dejándose guiar por la Palabra de Dios, bajo la acción del Espíritu Santo, que ilumina, convierte y consuela.

La Palabra anunciada y escuchada quiere hacerse Palabra celebrada a través de la Liturgia y de los sacramentos, para promover una vida según la Palabra, a través de la experiencia de la comunión, de la caridad y de la misión.

Para una gran mayoría de cristianos de todas las partes del mundo, solamente en la celebración eucarística dominical acontece el encuentro con la Palabra de Dios. Es necesario madurar la comprensión de la liturgia como lugar privilegiado de la Palabra de Dios, que edifica la Iglesia. La Biblia es el libro de un pueblo para un pueblo.

El discurso de Jesús en la sinagoga de Nazareth es significativo. Aquello que sucedió entonces sucede también hoy cada vez que hay una proclamación de la Palabra de Dios en la liturgia.

La liturgia de la Palabra "no es un momento de meditación y de catequesis, sino diálogo de Dios con su pueblo, en el cual son proclamadas las maravillas de la salvación y propuesta siempre de nuevo las exigencias de la alianza".



El Papa bajo la escultura de San Pablo

"La carne del Señor, verdadero alimento y su sangre verdadera bebida, constituyen el verdadero bien que nos está reservado en la vida presente: alimentarse de su carne y beber su sangre, no solo en la Eucaristía, sino también en la lectura de la Sagrada Escritura. En efecto, la Palabra de Dios es verdadero alimento y verdadera bebida que se alcanza a través del conocimiento de las escrituras" (San Jerónimo). Aquél de quién hablan los textos de la escritura se hace presente en el sacrificio total de sí mismo al Padre.

La **Lectio Divina** es una lectura, individual o comunitaria, de un pasaje más o menos largo de la escritura, acogida como Palabra de Dios y que se desarrolla bajo la moción del Espíritu en meditación, oración y contemplación. Exhorta el Papa a "adquirir intimidad con la Biblia, a tenerla a mano, para que sea como una brújula que indica el camino a seguir.

La diaconía o servicio de la caridad es una vocación de la Iglesia de Jesucristo, en correspondencia con la caridad que el Verbo de Dios ha manifestado con sus palabras y con sus obras. Es necesario que la Palabra de Dios lleve al amor del prójimo. El encuentro con la Palabra no se agota en la escucha y en la celebración en sí misma, sino que está orientado al empeño concreto, personal y comunitario hacia el mundo de los pobres, en cuanto signo de la presencia del Señor. "La Iglesia no puede descuidar el servicio de la caridad como no puede omitir los sacramentos y la Palabra. El Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambio de vida.

El progreso espiritual constituye uno de los aspectos más bellos y prometedores del encuentro de la palabra de Dios con su pueblo. La Biblia es "fuente límpida y perenne de vida espiritual".

"Tu oración es tu palabra dirigida a Dios. Cuando lees la Biblia es Dios quién te habla, cuando oras eres tú quién hablas a Dios" (San Agustín). La Palabra de Dios ayuda a la vida de fe no en cuanto expone primeramente un compendio de cuestiones doctrinales o una serie de principios éticos, sino en cuanto expresa fundamentalmente el amor a Dios, que invita al encuentro personal con él.

III

La misión de la Iglesia al comienzo de este nuevo milenio es alimentarse de la Palabra para ser sierva de la Palabra en el empeño de la evangelización.

El "¡Ay de mí si no predico el Evangelio!" de San Pablo resuena hoy también en la Iglesia con urgencia y es para todos los cristianos no una simple información, sino un llamamiento al servicio del Evangelio para el mundo. Dar un testimonio claro y compartido sobre una vida según la Palabra de Dios, atestiguada por Jesucristo

constituye un criterio indispensable para comprobar la misión de la Iglesia.

Uno de los primeros requisitos para un eficaz anuncio evangélico es la confianza en el poder transformante de la Palabra en el corazón de quién la escucha. "La Palabra de Dios es viva y eficaz...discierne sentimientos y pensamientos del corazón". Otro requisito, hoy necesario y creíble, es anunciar la Palabra de Dios como fuente de conversión, de justicia, de esperanza, de fraternidad y de paz. Otros requisitos son la franqueza, el coraje, el espíritu de pobreza, la humildad, la coherencia y la cordialidad de quién sirve a la Palabra de Dios.

Hechos miembros de la Iglesia por el bautismo e investidos de la función sacerdotal, profética y real de Cristo, los fieles comparten la misión salvífica que el Padre ha confiado a su Hijo para la salvación de todos los pueblos. Son llamados a hacer que resplandezca la novedad y la fuerza del Evangelio en su vida cotidiana, familiar y social. De este modo ellos contribuyen a la construcción del Reino de Dios con la fidelidad a su Palabra.

Corresponde a los laicos, para desarrollar su misión en el mundo, proclamar la Buena Noticia a los hombres en sus diversas situaciones de la vida. En el estilo profético de Jesús de Nazaret, el Anuncio de la Palabra "como una abertura a sus problemas, una contestación a sus preguntas, una ampliación de sus valores, al mismo tiempo que la satisfacción aportada a sus aspiraciones mas profundas".

El laico en relación con la Palabra de Dios no debe ser solo un oyente pasivo, sino que debe participar activamente en todos los campos de la Biblia: en el estudio científico, en el servicio de la Palabra en el ámbito litúrgico o catequético y en la animación bíblica en los diversos grupos. Un medio privilegiado para el encuentro con Dios que nos habla es la catequesis dentro de las familias con la profundización de alguna página bíblica y la preparación de la liturgia dominical.

Cuando el hombre comienza a leer las divinas Escrituras, Dios vuelve a pasear con él en el Paraíso (San Ambrosio). "La Palabra de Dios es la primera fuente de toda espiritualidad cristiana. Ella alimenta una relación personal con el Dios vivo y con su voluntad salvífica y santificadora" (Juan Pablo II).

Conclusión

En su Hijo Unigénito Jesucristo, Dios ha pronunciado, en la gracia del Espíritu, su Palabra definitiva que interpela a cada hombre que viene a este mundo. Una condición fundamental para que el hombre se encuentre con Dios es la escucha religiosa de la Palabra. Se vive la vida según el Espíritu en la medida de la propia capacidad de hacer espacio a la Palabra, de hacer nacer el Verbo de Dios en el corazón humano. El conocimiento de la Sagrada Escritura es obra de un carisma eclesial, que es puesto en las manos de los creyentes, abiertos al Espíritu.

La Iglesia, como comunidad de creyentes, es convocada por la Palabra de Dios. Ella es el ámbito privilegiado en el cual los creyentes se encuentran con Dios, que continua hablando en la liturgia, en la oración, en el servicio de la caridad. Por medio de la Palabra celebrada, en modo particular en la Eucaristía, los fieles se insertan cada vez más en la Iglesia-comunión, que tiene su origen en la Trinidad, misterio de la comunión infinita.

En esta Palabra viva y eficaz la Iglesia nace, significa y encuentra vida plena.

Por mandato del Señor Jesús resucitado la Iglesia, comunidad de sus discípulos, guiada por los Apóstoles, es enviada a anunciar la salvación siempre y en todo lugar, en la fidelidad a la Palabra del Maestro: "Id por todo el mundo y proclamar la Buena Nueva a toda la Creación".

José Luis Otaño, S.M.

Cf. Instrumentum Laboris
Vaticano II-Mayo-2008

EUCARISTÍA Y VIDA CRISTIANA

CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA Y ADORACIÓN (II)

Actitud del adorador

La Eucaristía puede ser considerada también como el recordatorio de Cristo para todos aquellos que crean en él. Jesús, en todo semejante a los hombres menos en el pecado, había cogido cariño a sus discípulos y sentía separar se de ellos. Todos cuando tenemos que alejarnos de aquellos a los que queremos sinceramente, intentamos prolongar nuestra presencia a su lado y lo hacemos con un regalo, con una fotografía, con una grabación de imagen y de voz. Más no podemos. Los medios de locomoción crean una distancia entre los amigos y los familiares. A veces el desgarrón arranca lágrimas. Cristo sintió también la separación de los suyos e ideó un recordatorio a lo divino. El pan y el vino consagrados son un regalo, que conserva caliente la presencia de Cristo a lo largo de los siglos. Se quedó porque amó y quiso estar para siempre cerca de aquellos que le aman. Es el gran recordatorio de su amor y de su redención. La actitud del adorador ha de ser contemplador del recordatorio.

No en todos un recordatorio suscita la misma reacción. Dependerá de la relación concreta que exista entre los dos. Una estatua suscitará en algunos indiferencia, odio, recuerdo cariñoso y hasta diálogo. Dependerá de la relación que exista entre el que la contempla y el personaje representado en la imagen. La cruz de Cristo a muchos les suscita el odio y procuran hacerla desaparecer de la sociedad. Otros han encontrado en ella el recuerdo de aquel gran gesto de amor divino a los hombres, como se lo revelaba Jesús a Nicodemo (cf. Juan 3, 16ss). Abrazados a ella muchos han dado la vida en el martirio y otros en el servicio abnegado por los necesitados.

El adorador esencialmente es un contemplador del misterio de la Eucaristía. Su relación con el Sacramento dependerá del conocimiento que tenga del misterio eucarístico. De ahí la necesidad de que sea adoctrinado en un estudio a fondo personal o mediante una catequesis seria y profunda. Nadie aprecia lo que no conoce. Ante la misma foto de una joven

un enamorado tiene sentimientos muy distintos del que no lo está. Ambos están fundados en el conocimiento que se tiene de su persona. De aquí nace la necesidad que tiene el adorador de instruirse mediante la adquisición de conocimiento teológico y en la contemplación personal del misterio. En esta contemplación personal adquirieron muchos adoradores famosos la ciencia eucarística, con la que gustaron de la contemplación del Sacramento.

He aquí algunos de los sentimientos del adorador:

A) Admiración-. La Eucaristía es una de las maravillas que Dios realiza cada día en la misa. La conversión del pan y del vino en el cuerpo y la sangre de Cristo es superior a la misma creación del cosmos. No se puede entender como en un trozo de pan o unas gotas de vino, pueda quedar encerrado todo el misterio del Verbo encarnado. Un signo de su grandeza es la impotencia del entendimiento humano para poder comprenderlo. Con la fe, y sólo con ella, lo aceptamos, pero no podemos comprenderlo. Desborda ampliamente la capacidad de la inteligencia humana.

B) Gratitud. La valoración del regalo hace que en el corazón agradecido brote el himno de acción de gracias. Así lo hace la Iglesia en su liturgia, en la que variedad de himnos y oraciones reconocen y agradecen esta maravillosa presencia de Jesús.

C) Amor. En la Eucaristía sobresale el signo del amor de Cristo, y en él, el amor del Padre a los hombres. Si amor con amor se paga, la contemplación de este amor tiene que suscitar en el corazón del adorador un deseo de correspondencia amando. Por eso es recomendable, después de la comunión un rato de recogimiento en el que caigamos en la cuenta del amor que Dios nos tiene y respondamos a ese amor.

D) Diálogo. El sagrario ha sido a lo largo de la historia el lugar de la oración confiada en un gesto de diálogo con el gran amigo que nunca falla. Son muchos los que han expresado en una conversación, llena de esperanza, las tristezas y las alegrías, los triunfos y los fracasos ante Jesús sacramentado y han vuelto al trabajo con un gozo y resignación, que les ha ayudado a seguir caminando. Materia de este diálogo ha de ser la oración por todas las necesidades particulares y las generales de todos los hombres. Una letanía espontánea y personal es la mejor manera de hablar con Jesucristo.

E) Corporal. Poco a poco ha ido desapareciendo la adoración corporal. Mientras el espíritu habita en el cuerpo, toda comunicación exterior ha de hacerla por medio del cuerpo. No basta el respeto y la reverencia interior. También la reveren-

cía exterior ejerce un papel importante. Entre nosotros el arrodillarnos tiene todavía un significado social de reverencia. Deberíamos practicarlo en la medida de lo posible. En su homilía en el día del Corpus dice Benedicto XVI que el tercer elemento constitutivo de la fiesta es "arrodillarse en adoración ante el Señor". "Arrodillarse ante la Eucaristía es una profesión de libertad: quien se inclina ante Jesús no puede y no debe postrarse ante ningún poder terreno, por más fuerte que sea (...) La adoración es oración que prolonga la celebración y la comunión eucarística, en la que el alma sigue alimentándose: se alimenta de amor, de verdad, de paz; se alimenta de esperanza, pues Aquél ante el que nos postramos no nos juzga, no nos aplasta, sino que nos libera y transforma".

María, modelo del adorador

Juan Pablo II en su encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía" propone en el capítulo 6 a María como "Mujer eucarística". Poco sabemos de la relación de María con la Eucaristía. El papa pretende que imitemos los ejemplos de María ante el misterio de la Encarnación. De María podemos decir que estuvo toda su vida al lado del misterio y que intentó conocerlo y adorarlo. María lo vio revestido de carne humana. Sólo por la fe estuvo unida a la divinidad de su Hijo. Leyó



el Evangelio que Dios escribía en la vida de Jesús. Lo guardaba en su corazón para meditarlo en la soledad ayudada de la gracia. De esta manera poco a poco se iba adentrando en el conocimiento del misterio de la encarnación. La Eucaristía es un nuevo acercamiento de Dios al hombre. El adorador ve a Jesús, ayudado de la fe, revestido de las especies sacramentales. Sólo por la fe conoce el misterio eucarístico. Como María ha de meditar, para adentrarse día a día, en el misterio que venera, ayudado de la palabra de Dios presentada por la Iglesia.

Alejandro Martínez Sierra, S.J.

EN MEMORIA MIA

PARA UNA MAYOR PARTICIPACIÓN INTERNA LA LITURGIA ES ORACIÓN

DECIR que la liturgia, y en concreto la celebración eucarística es oración puede parecer una peregrinación, una obviedad. Pero es necesario recordarlo y profundizar en ello.

Ya hemos insistido en que si, ciertamente, hemos mejorado en los aspectos más externos de la celebración, quizás el fallo y la causa de nuestro «déficit» litúrgico esté en esa participación interna que es el alma de lo externo.

También en este aspecto el camino es largo y arduo pero es un esfuerzo gratificante, porque paso a paso iremos descubriendo y gozando de unas riquezas inesperadas hasta ahora ahogadas en la ceniza de la rutina, de la ignorancia y del «cumplimiento del precepto». O intercaladas, incluso, en la **proliferación de lo externo** que ha podido convertirla celebración eucarística en un espectáculo.

Cuando oímos comentar que una misa ha resultado «muy bonita», «muy entretenida», estamos olvidando la dimensión más profunda de la celebración. Y no es que despreciemos unas celebraciones, masivas, enredados en el orden, la belleza de la música y de la participación, en los ritos, del pueblo fiel.

Todos hemos vivido y recordado con emoción nuestra participación en esas "grandes" eucaristías en torno al Papa o en una peregrinación. Como recordamos otras "multitudinarias" celebraciones en pobres capillas rurales o en las catacumbas romanas o quizás hemos vivido como un regalo especial del Señor unas Eucaristías "clandestinas" en los entonces países comunistas, con asistencia de media docena de fieles.

Qué pasos seguir

El punto de partida debe ser ese: caer en la cuenta de que la celebración litúrgica, la misa es fundamentalmente oración; es decir un encuentro personal con Dios. Dios se llega a nosotros en Cristo y en su Iglesia: una oración con unas características muy especiales que la hacen algo distinto de la meditación, de la oración privada, pero fundamentalmente oración. Oración de Cristo, de la Iglesia, de cada uno de nosotros.

Y todo lo que podremos decir sobre la oración en general debemos aplicarlo en este caso: recogimiento, concentración, preparación...

El camino de la liturgia es el camino de la oración. Tiene la liturgia en ese camino una ayuda muy importante y

peculiar: todo es un conjunto de elementos externos, de signos que nos preparan, nos ayudan y nos guían en el camino hacia el núcleo de la liturgia que es oración. En la Eucaristía todo esto tiene especial relevancia. Por dos razones: una la abundancia, la riqueza, las posibilidades de todos esos elementos externos que se resumen en una palabra y ritos; y otra: que el encuentro con Dios

en esa oración se realiza, nada menos, que en la presencia inefable de Cristo en el sacramento. No sólo se nos da la gracia -nos dice toda la tradición cristiana- sino que se nos da el autor mismo de la gracia.

En este camino específico de la liturgia-oración creemos que se pueden destacar algunos de esos elementos externos de la celebración que cobran espe-



cíaI valor. Decimos especial porque todos los elementos externos forman un conjunto que tiene que concurrir a la "interiorización" de la liturgia, a que esta sea auténtica oración, la gran oración del cristiano.

El primero de estos elementos "externos" es, indudablemente la Palabra de Dios. La Sagrada Escritura que se proclama en la misa (sobre este elemento fundamental volveremos, como merece, con más amplitud).

Pero otro elemento importante, en ese camino de hacer oración la liturgia, es o puede ser, aunque parezca mentira, el silencio. El silencio estaba prácticamente ausente en la celebración litúrgica antes de la reforma conciliar. A no ser el forzado silencio por la recitación en voz baja por el celebrante de gran parte del canon de la misa. Y que los fieles seguíamos en nuestro misal o que algunos "aprovechaban" para rezar el rosario.

Hoy el silencio puede y debe tener un lugar nada despreciable en nuestra liturgia, justamente para interiorizar lo que vamos leyendo o diciendo.

Principalmente se recomienda el silencio:

- Antes de las oraciones como primera respuesta a la invitación "oremos" que nos hace el sacerdote.
- Después de las lecturas y de la homilía.
- Después de la comunión.

Vivimos en una cultura (o incultura) que ignora o aborrece el silencio. Vivimos en un mundo de ruido. Cuando la reflexión, la "vida interior" exigen el silencio.

Es lástima que nuestras celebraciones estén gobernadas por el reloj. Claro que es cuestión de "prudencia pastoral", pero no podemos hacer una liturgia digna, en

una celebración dominical, con homilía, cantos y silencios en media hora escasa. Deberíamos ir poco a poco logrando una cierta calma, un reposo en nuestras celebraciones. Y esto es tarea de toda la comunidad, del sacerdote y de los fieles.

Pues bien, el silencio sería una ayuda importante para ese encuentro personal, íntimo, sentido. Y también esos silencios darían a nuestras eucaristías un ritmo más pausado y hasta compensarían de algunos excesos variados e inusuales que padecemos.

Jesús González Prado

UN VALOR PERMANENTE, ACTUAL Y CENTRAL

«Sin una íntima y sumamente personal participación vital, a duras penas podremos dar a la liturgia el nombre de oración. En tal caso nos hallaremos, a lo sumo, frente a un espléndido conjunto de cantos, ornamentos y ceremonias, pero, así se mira de cerca, nos aparecerá todo esto como un envoltorio vacío que no encierra alma alguna. No es la estética el criterio permanente de la liturgia, sino el encuentro entre Dios y su Iglesia. Si no logramos descubrir el núcleo sustancial, la realidad oculta que se produce bajo el velo del hecho litúrgico externo no será nunca para nosotros la liturgia encuentro con Dios y oración: ni tampoco sabremos apreciarla como valor permanente, actual y central de la vida cristiana»

A. Verheul. Introducción a la liturgia, Pág. 39

LOS SALMOS Y SU DIMENSIÓN EUCARÍSTICA

EL SEÑOR ES MI PASTOR (SALMO 22, HEBREOS)

La relación entre Eucaristía y Salmos es muy estrecha. La razón es que muchos de los salmos son plegarias de acción de gracias (como la Eucaristía que es de Acción de gracias); otros salmos son himnos de alabanza a Dios por sus maravillas (la maravilla mayor es la Eucaristía). Hay una serie de salmos, llamados "Salmos del Dios Amor" que podemos considerar como salmos especialmente eucarísticos. En ellos se canta la bondad divina, su misericordia, su ternura y los prodigios realizados en favor de los hombres. El salmo que presentamos hoy a nuestros lectores es uno de los más bellos y conocidos. La Iglesia lo utiliza con frecuencia tanto en el Oficio de Horas como en la celebración eucarística. En este artículo pretendemos poner de relieve la dimensión eucarística de esta pieza llena de espiritualidad.

1 *Salmo de David.*

- El Señor es mi Pastor, nada me falta:
2 en verdes praderas me hace recostar,
me conduce hacia fuentes tranquilas
3 y repara mis fuerzas;
me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre.
4 Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tu vas conmigo:
tu vara y tu cayado me sosiegan.
5 Preparas una mesa ante mí,
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa.
6 Tu bondad y tu misericordia me acompañan
todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor
por años sin término.

Dios mi Pastor

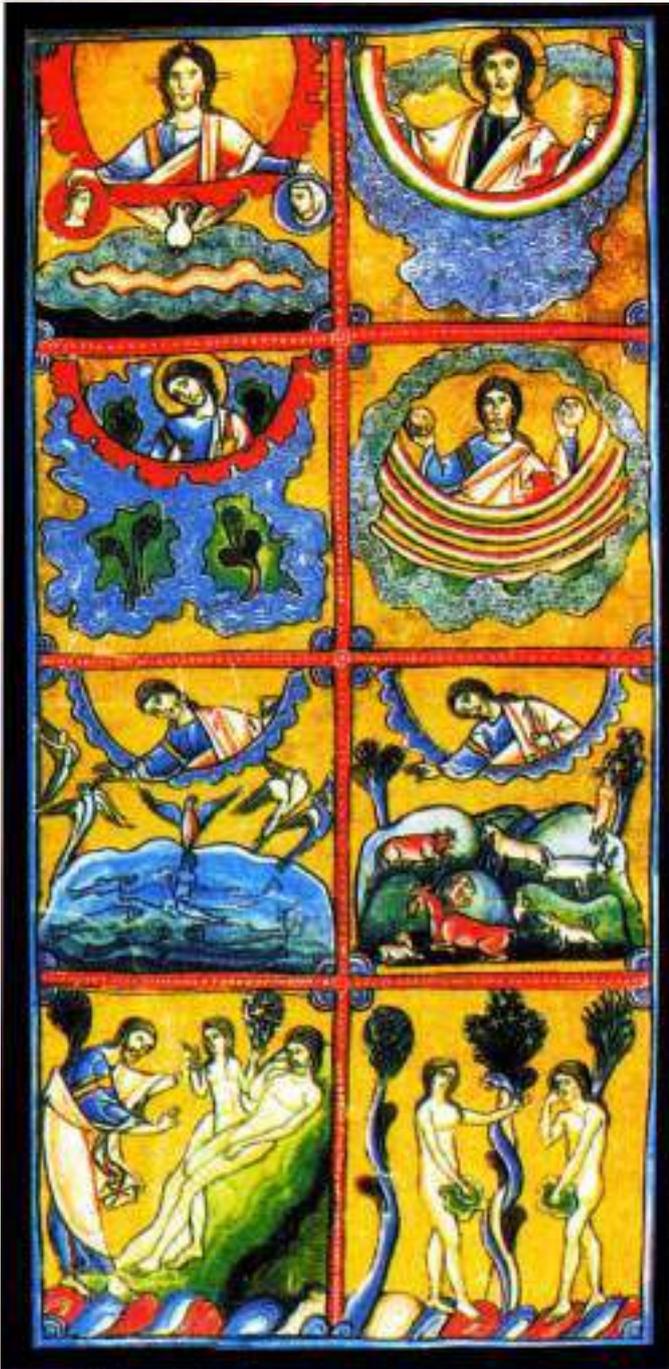
El salmo comienza con una confesión de fe del salmista: "El Señor es mi Pastor, nada me falta". El salmista habla en primera persona y representa a todo creyente. La consideración de Dios como Pastor implica una multitud de asociaciones. En primer lugar que nosotros pertenecemos al Señor, que somos suyos. Pero sobre todo que Él es nuestro Pastor, el que cuida de nosotros. La idea es tan entrañable que también Jesús la hizo suya: "Yo soy el Buen Pastor" (Jn 10, 11).

La expresión "Nada me falta", es una proclamación de Dios como Bien Sumo. La frase nos recuerda el dicho de Santa Teresa: "Sólo Dios basta" o la exclamación de San Francisco: "¡Mi Dios y todas mis cosas!".

El cuidado de Dios para con el fiel se describe (v. 2) teniendo presente la figura y misión del Pastor: lleva a los suyos a reposar a verdes praderas y a saciar la sed en fuentes tranquilas para reparar las fuerzas. El Pastor es sobre todo "guía" que conduce por el camino que lleva hacia la vida y la salvación (v.3).

La protección

El salmista expresa a continuación (v.4) la confianza del fiel en su Pastor, incluso en medio de las pruebas: "aunque camine por cañadas oscuras, nada temo". La razón de esa confianza es la compañía del Señor y su protección: "Tu vara y tu cayado me sosiegan". El verbo hebreo que traducimos por "sosegar" puede también traducirse por "defender" ("tu vara y tu cayado me defienden"). La frase expresa la confianza de las ovejas en manos del Pastor. Jesús, en el evangelio de San Juan, lo ha expresado también admirablemente: "Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas



me siguen. Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano. El Padre, que me las ha dado, es más grande que todos, y nadie puede arrebatar nada de la mano del Padre. Yo y el Padre somos uno". (Jn 10, 27-30). No hay fuerza ni poder que pueda arrebatar a los fieles de la mano del Pastor; es decir, de la mano de Cristo y del Padre que son una sola cosa.

El banquete

En el v.5 el autor enriquece la imagen del Pastor con la idea del banquete. El cuidado del

Pastor para con el creyente se concentra en tres imágenes relacionadas con un convite: La mesa abundante (en contra de lo que hubieran querido los enemigos del salmista), el perfume para la cabeza, y la copa rebosante. En seguida veremos las asociaciones eucarísticas de este banquete ofrecido por el Dios Amor.

La confianza ante el futuro

El salmo termina (v.6) empleando dos términos característicos de los Salmos del Dios Amor. Son los términos "bondad y misericordia". El salmista está seguro de la compañía del Dios amor todos los días de su vida; más aún, expresa su confianza de estar eternamente con Dios: "Habitaré en la casa del Señor por años sin termino". Es una manera semítica de expresar el anhelo de la Vida eterna junto al Señor.

Aplicación eucarística

La dimensión eucarística de la imagen del Buen Pastor fue expresada de manera admirable por santo Tomás de Aquino al final del himno eucarístico "Lauda, Sion, Salvatorem" ("Alaba Sión, al Salvador"). He aquí sus palabras: "Buen Pastor, pan verdadero, ten piedad de nosotros, oh Jesús; apacientanos, guárdanos, haznos ver los bienes en la tierra de los vivientes".

Todos los cuidados del Pastor que canta nuestro Salmo 22, tienen resonancias eucarísticas. Así las verdes praderas en que el rebaño se apacienta y reposa, y las fuentes tranquilas en las que bebe, traen a la memoria la promesa de Jesús "De su seno (del seno del Mesías) brotarán ríos de agua viva" (Jn 7, 38). Con el alimento y la bebida quedan reparadas las fuerzas del creyente. También tiene resonancia eucarística la guía por los caminos seguros y la compañía en la tribulación ("Tú vas conmigo"). La compañía es uno de los dones más preciosos de la Eucaristía. Por su parte también la mesa, el perfume y la copa nos recuerdan el banquete eucarístico. Finalmente el anhelo de la compañía eterna del Señor nos recuerda que la Eucaristía es "prenda de la vida eterna".

El salmo "El Señor es mi Pastor" nos introduce en el misterio del Dios-Amor del que la Eucaristía es el Don Supremo

Domingo Muñoz León

EL MISTERIO DE LA FE

CRISTO, SACERDOTE (II)

RECORDÁBAMOS en páginas del número anterior de la LAMPRA el carácter central del sacerdocio de Cristo que resume toda esa realidad del Verbo hechos carne, como mediador, salvador, redentor, camino.

Jesús no se presentaba al pueblo de Israel como sacerdote, habría sido tachado de impostor. Él no pertenecía a la tribu de Leví al que correspondía por designio de Dios el ejercicio del sacerdocio. Jesús era de la tribu de Judá. Pero los que le escuchaban Jesús era un profeta, quizás el Mesías. Sin embargo en sus palabras y en su proceder ya aparecían una serie de rasgos en los que esbozaba **un nuevo templo, un nuevo sacerdocio, una nueva víctima.**

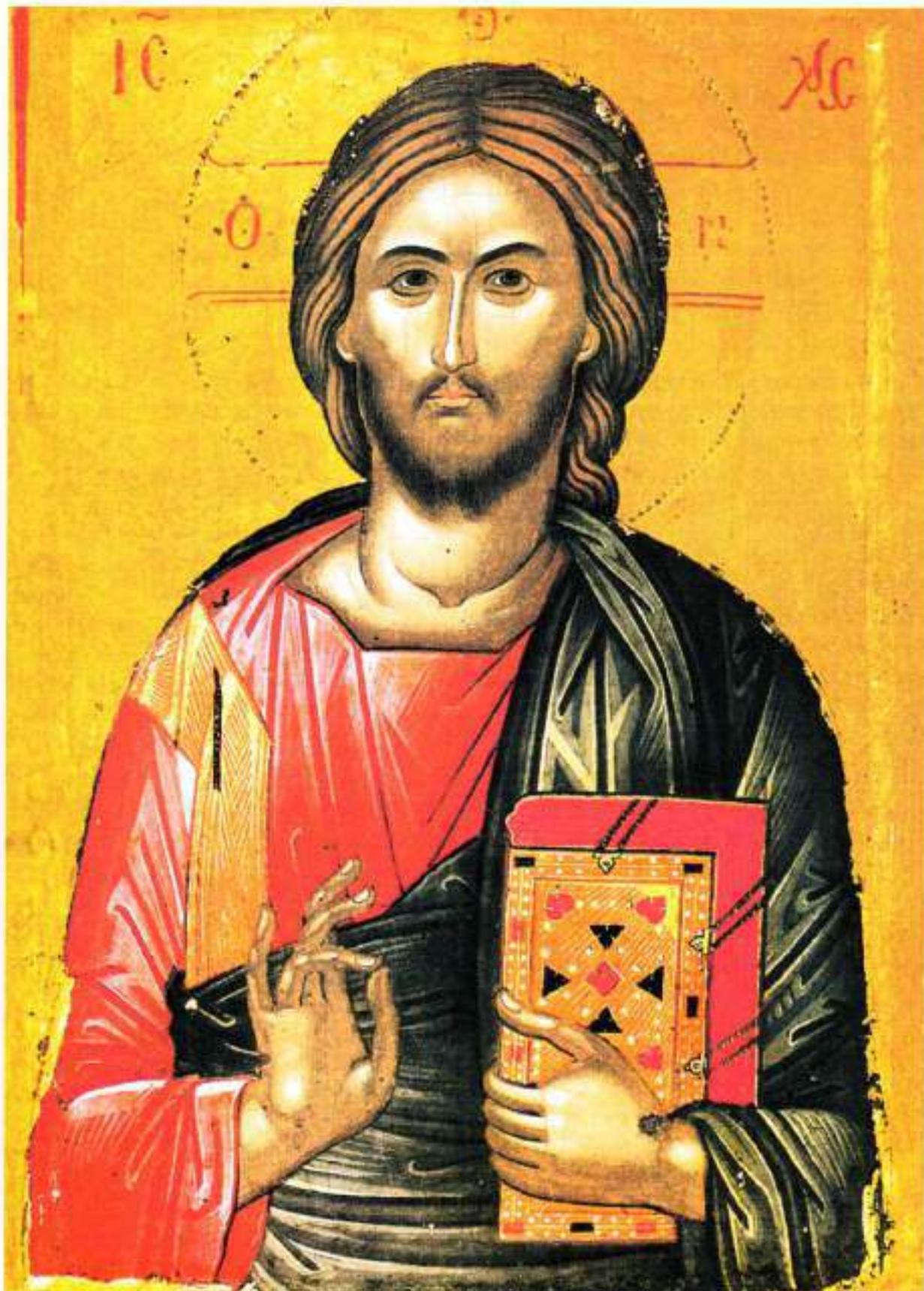
Sería muy provechoso -aunque ello nos alargaría demasiado- repasar en los cuatro evangelios todas esas palabras y gestos de Jesús que nos prueban su "**conciencia sacerdotal**" y que no es una invención de la comunidad postpascual ni de san Pablo ni de la Carta a los Hebreos el sacerdocio de Cristo.

La Última Cena y el cumplimiento del mandato del Señor de hacer lo que él hizo nos demuestran que desde el principio los cristianos sabían el carácter sacrificial de la cruz en el que se ofrecía Cristo al Padre en sacrificio de salvación (podemos con provecho leer Ef 5,2; I Tim 2,5; Tit 2,13 entre otros muchos).

CRISTO, SACERDOTE EN LA CRUZ Y EN LA EUCARISTÍA

«La Eucaristía es, pues, un sacrificio porque representa (= hace presente) el sacrificio de la cruz, porque es su memorial y aplica su fruto: Cristo, nuestro Dios y Señor se ofreció a Dios Padre, una vez por todas, muriendo como intercesor sobre el altar de la cruz, a fin de realizar para ellos (los hombres) una redención eterna. Sin embargo, como su muerte no debía poner fin a su sacerdocio (Hb 7, 24-27), en la Última Cena, "la noche en que fue entregado" (I Cor 11,23) quiso dejar a su Iglesia, su esposa amada, un sacrificio visible (como lo reclama la naturaleza humana), donde sería representado el sacrificio sangriento que iba a realizarse una última vez en la cruz, cuya memoria se perpetuaría hasta el fin de los siglos (I Cor 11,23) y cuya virtud saludable se aplicaría a la redención de los pecados que cometemos cada día»

Catecismo de la Iglesia Católica, 1366



La carta a los Hebreos

Es en la Carta a los Hebreos donde se desarrolla toda esa grandiosa realidad de Cristo Sacerdote, en una serie de contraposiciones entre el sacerdocio de la Antigua Alianza y el nuevo, único irrepetible y eterno sacerdocio de Cristo.

Invitamos a leer pausadamente, a meditar este tratado sobre el sacerdocio de Jesús que es la Carta a los Hebreos.

No podemos en pocas páginas ni siquiera resumir el denso y profundo contenido de esa carta. Pero destaquemos al menos algunas de sus ideas centrales que nos ayudan a meditar en ella, nos ayudan en nuestra reflexión sobre el sacerdocio de Cristo y a vivir más hondamente nuestra Eucaristía.

A- Cristo por su encarnación es constituido sacerdote

Nadie se apropia este honor sino cuando es llamado por Dios, como lo fue Aarón. Así también Cristo no se glorificó así mismo en hacerse Pontífice, sino el que le dijo: «Hijo mío eres tú, yo hoy te he engendrado», como también dice en otro lugar «tú eres sacerdote eterno según el rito de Melquisedec » (Hb 5, 4-5)

La encarnación es el punto central de todo plan creador de Dios haciendo al Hijo Eterno, al Verbo, razón de todas las cosas, visibles e invisibles, que ha creado al hombre a imagen y semejanza de Cristo. Y así ha hecho al hombre por su misma naturaleza sacerdote, mediador entre Dios y la creación entera. Un sacerdote imperfecto, por ser imposible una mediación perfecta entre el creador y la criatura pero que encontrará en Cristo una mediación perfecta que se da en Jesús Dios y hombre verdadero.

«así es el Sumo Sacerdote que nos convenía: santo inocente, incontaminado, apartado de los pecadores, encumbrado por encima de los cielos, que no tiene necesidad de ofrecer sacrificios cada día primero por sus pecados propios como aquellos sumos sacerdotes, luego por los del pueblo; y esto lo realizó de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo» (Hb 7, 26-27)

B- El sacrificio de Cristo ofreciendo al Padre su vida en la cruz es para siempre, el sacrificio único, irrepetible, definitivo, que constituye para la humanidad entera perdón de los pecados, impetración, acción de gracias, salvación eterna,

«pues si la sangre de machos cabríos y de toros y la ceniza de vaca santifica con su aspersion a los contaminados... ¡cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios: purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto a Dios.! Por eso es mediador de una nueva Alianza...» (Hb 9, 13-15)

C- Ese sacerdocio sigue, para siempre Cristo esperándolo en el "santuario verdadero", «construido por Dios», «más grande y alto, no hecho por manos de hombres es decir que no es de esta creación» (Hb 9, 11)

Jesús en su resurrección y vuelta al Padre ha consumado su perfecta mediación sacerdotal. Sigue, a la derecha del Padre intercediendo por nosotros. La Eucaristía, actualización de la ofrenda en la cruz, hasta que Él vuelva, es actualización terrena, provisional de esa liturgia celestial a la que nosotros nos unimos cantando el himno de alabanza de toda la creación expresado en ese "Santo, santo, santo es el Señor" que se nos enseñó en la visión del profeta Isaías (Is 6,1) y que la Iglesia desde donde sale el sol hasta el ocaso, repite sin cesar esperando y pidiendo la venida definitiva de Cristo -¡ven Señor Jesús!- y con ella la eucaristía será sustituida por la visión, la perfecta unión con Dios en la que la fe y la esperanza se tornarán visión de Dios cara a cara y cuando serán colmados todos nuestros anhelos.

Mientras, la Iglesia, esposa de Cristo, pueblo sacerdotal sigue celebrando el memorial que nos dejó el Señor en la Última Cena.

A. de T.

AVE MARÍA PURÍSIMA

"EN LA ESCUELA DE MARÍA, MUJER EUCARÍSTICA"

EL último capítulo de la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (=EdE) está dedicado a María. Algo habitual en el siervo de Dios Juan Pablo II que nunca terminaba sus escritos magisteriales sin una explícita referencia a la Madre de Dios. Este capítulo VI de la encíclica eucarística nos introduce en la contemplación de María, vista como signo profético y carismático para la comunidad cristiana que quiera celebrar los divinos misterios en la verdad. Es posiblemente el más novedoso, tanto por el contenido teológico como por la exposición, casi en un continuo paralelismo y reciprocidad entre el misterio de la Eucaristía, Sacramento de la Iglesia, y el misterio de María, Madre de Dios y figura de la Iglesia. Afirmaba Juan Pablo II:

"Si queremos descubrir en toda su riqueza la relación íntima que une Iglesia y Eucaristía, no podemos olvidar a María, Madre y modelo de la Iglesia...

A primera vista, el Evangelio no habla de este tema. En el relato de la institución, la tarde del Jueves Santo, no se menciona a María. Se sabe, sin embargo, que estaba junto con los Apóstoles, «concordes en la oración» (cf. Hch 1, 14), en la primera comunidad reunida después de la Ascensión en espera de Pentecostés. Esta presencia suya no pudo faltar ciertamente en las celebraciones eucarísticas de los fieles de la primera generación cristiana, asiduos «en la fracción del pan» (Hch 2, 42)" (EdE 53).

Esta "intuición" bíblica, que el evangelista Lucas nos ofrece al comienzo de los Hechos de los Apóstoles, se ha manifestado después en la conciencia de las sucesivas comunidades cristianas, en las que la figura de María se leía en una **clara perspectiva carismática**, en conformidad con su dimensión profética en la vida eclesial. En ella vemos la vida de la comunidad cristiana y la vivencia teologal de cada discípulo del Señor.

Así pues, contemplando a María en la celebración eucarística podemos verla como la mujer tras cuyo ejemplo cada bautizado se convierte en discípulo del Señor, con el fin de dejarse transformar por el acontecimiento pascual del misterio eucarístico. Mirándole a ella, en el marco de su existencia, descubrimos la tipología del verdadero celebrante de los divinos misterios. Con ella y como ella podemos acceder a la verdad de la misma celebración. Con ella y como ella, descubrimos el significado más profundo de la participación activa en la Eucaristía, ya que María es por excelencia la mujer que, en el Espíritu Santo, ha tenido acceso a la interioridad de Cristo. En este horizonte ha construido toda su existencia, y en esta luz nos ha sido entregada por Cristo, para que fuéramos siempre discípulos verdaderos al celebrar los acontecimientos sacramentales. La Iglesia, por tanto, ha sido "confiada" a María para que la misma Iglesia fuese comunión en Cristo y con Cristo, en el estilo carismático de la Madre.



1. LA PRESENCIA DE MARÍA EN EL CENÁCULO

Las palabras del Papa Juan Pablo II nos orientan ante todo a contemplar a María en el misterio del Cenáculo tras el acontecimiento de la ascensión de Jesús al cielo. La vida de la Iglesia apostólica representa el prototipo de toda comunidad eclesial y nos ayuda a ver a María como la mujer que enseña a la comunidad primitiva a **vivir en Cristo, de Cristo y con Cristo**, para dar sabor salvífico al camino de los discípulos. Ellos, de hecho, son llamados a ver y leer su vocación como profundización del misterio de comunión entre María y la voluntad del Padre, en la ejemplaridad de Cristo, Verbo encarnado, muerto y resucitado. Ella, en su vocación de sierva del Señor, representa el signo carismático y

profético de la riqueza evangélica, que debería caracterizar toda comunidad eclesial. En el Cenáculo, la presencia de María representa un vivo reclamo a las palabras con las que Jesús delineó el rostro de la Madre: *"Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen"* (Le 8, 21).

La familiaridad con Cristo se construye en la opción de una vida "escondida" en la obediencia al Padre, se manifiesta en el compartir los ideales y el estilo de vida, se consume sacramentalmente en el celebrar en los divinos misterios la contemporaneidad transformante con Cristo muerto y resucitado, en la espera de la plena y luminosa transfiguración en la liturgia de la Jerusalén del cielo. María, desde esta perspectiva, representa el punto de referencia más luminoso de la Iglesia en su compromiso de comunión y misionero. Su función carismática emerge como insustituible para una comunidad que quiera ser el sacramento de la perenne actualidad de Cristo y de la comunicación de la

salvación. El reclamo a su presencia en la plegaria eucarística, como manifiestan los textos eucológicos, nos reconduce existencialmente al Cenáculo como el lugar en el que idealmente se celebra cada Eucaristía en la Iglesia post-apostólica. En la dinámica de la celebración, somos guiados a profundizar el significado de la figura "eucarística" de María.

El evangelista Lucas, al delinear el cuadro de la comunidad apostólica a la espera del acontecimiento de Pentecostés, sitúa a **María en el centro de la comunidad eclesial** (cf. Hch 1, 14). Esta cita, aun siendo única en el libro de los Hechos de los Apóstoles respecto de la figura de la Madre de Jesús, representa un signo luminoso que "escondidamente", a través de su discreta presencia, se dilata existencialmente al interno de la vida y de la fe

de la comunidad jerosolimitana de los orígenes, núcleo germinal de la Iglesia neotestamentaria. El texto, no obstante su esencialidad y sobriedad en la expresión, nos ayuda a apreciar la posición y el papel de la Madre de Jesús dentro de la comunidad apostólica que, tras la Pascua y Pentecostés, permanece en comunión con su Señor de diversos modos, especialmente mediante la liturgia en la que se escucha la palabra de Dios y se parte el pan.

De hecho, en el contexto de la celebración eucarística de la primitiva comunidad cristiana, los discípulos del Señor con María participaban en la escucha de la palabra de Dios y en la fracción del pan: nueva escucha de la palabra de Dios, nuevo culto en la inserción sacramental en la entrega incondicionada de Jesús al Padre, nuevo compromiso misionero y caritativo para llegar a ser la esperanza de Cristo para una humanidad radicalmente recreada. En esta comunión sacramental, la Virgen de la escucha y de la oblación sigue siendo el cumplido modelo de la Iglesia que, celebrando, escucha, ofrece y se ofrece, y adorando agradece.

Con María retornamos continuamente a las raíces de la vida de la Iglesia y crecemos en la comprensión de Cristo. La lectura de la presencia de María en una experiencia viva de comunión nos estimula a intuir el rol carismático de María en la celebración eucarística, cuya clara finalidad es la de crear comunión entre los discípulos del Señor en la perspectiva doxológica de la glorificación del Padre. Es en su espíritu en el que encontramos la belleza de la comunión eclesial, es a ese espíritu al que son llamados a referirse los discípulos del Señor para ser hombres de comunión que crean y comunican comunión. Esta es la verdadera vida eucarística de toda comunidad eclesial. Cada vez que la comunidad



celebra los divinos misterios se reencuentra con María, y por ella se deja educar verdaderamente, para que pueda brotar un verdadero culto en espíritu y verdad.

Como dice la oración después de la comunión del formulario *La Virgen María del Cenáculo*: "Renueva interiormente, Señor, con el don del Espíritu Santo a quienes alimentas con el único pan de la salvación, y concédenos, bajo el amparo de la Virgen María, trabajar por la concordia y la paz de los hermanos, por quienes Cristo, tu Hijo, se ofreció como víctima de redención" (*Misas de la Virgen María I: Misal*; n. 17, p. 98).

Lino Emilio Diez Valladares, sss

Párroco de NTRA. SRA. DEL SSMO. SACRAMENTO (Madrid)
Asesor del Secretariado de la Comisión Episcopal de Liturgia

DE NUESTRA VIDA

ENCUENTRO NACIONAL DE JÓVENES



EN el mes de enero la vocalía nacional de jóvenes informó a la vocalía de Madrid su deseo de celebrar el décimo encuentro de jóvenes adoradores, en Madrid y aceptamos el reto.

Las fechas elegida para dicho evento fueron los días 25, 26 y 27 del mes de julio y el lugar para celebrarlo la casa de espiritualidad San José en El Escorial.

El día 25 festividad de Santiago apóstol, los madrileños acogimos a los adoradores venidos de toda España, al estilo castizo, vestidos de chulapas y chulapones y al ritmo de chotis.

La presentación del encuentro corrió a cargo del vicedirector espiritual nacional

de jóvenes Don José Ángel Riofrancos, el presidente nacional Don Pedro García Mendoza y nuestro presiente diocesano Don Alfonso Caracuel. Participamos en la misa, votiva del patrón de España, y tras el rezo de completas nos retiramos a descansar.

El sábado, tras la apertura oficial del encuentro, Don José Ángel Riofrancos impartió su ponencia titulada "Eucaristía fuente de Esperanza". Explicó punto por punto la segunda encíclica del santo padre Benedicto XVI "Spe Salvis" enlazándola con el catecismo y a su vez centrándose en la Esperanza, como anhelo de felicidad que hay en el corazón del hombre y como vir-

tud teologal, vinculándolo con los pecados contra la Esperanza, es decir la desesperación (cuando dejamos de esperar el auxilio de Dios) y la presunción que se divide en dos tipos, creer en nuestra autosuficiencia, y esperar la gloria sin procurar ningún mérito propio.

Se formaron varios grupos de trabajo, que discutimos sobre la ponencia explicada anteriormente por Don José Ángel y para activar esta discusión respondimos a varias preguntas como: ¿Has experimentado la Esperanza en algún momento difícil de tu vida? ¿Te has sentido unido a Dios y reconfortado por Él? Esto nos dio una gran riqueza a todos al poder compartir experiencias personales y positivas en las exposiciones que se hicieron por los componentes de los grupos.

Don José Ángel nos aconsejó organizar nuestras prioridades en la vida, y preguntándonos qué seríamos capaces de hacer por Dios.

Tras la comida visitamos el monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

Después de la cena rezamos el Santo Rosario y comenzó la Eucaristía y Vigilia de Adoración Nocturna, presidida por Don José Ángel, prorrogándose los turnos a lo



largo de toda la noche y finalizando con el rezo de las Laudes, bendición y reserva al amanecer.

La mañana del domingo estuvo dedicada al coloquio-ponencia a cargo de la vocalía nacional. Se habló sobre los retos y trayectoria seguida a lo largo de los últimos ocho años, así como de los puntos a mejorar.

Se clausuró el encuentro con una solemne Eucaristía y tras la comida fraternal nos despedimos con la esperanza de reencontrarnos el año que viene.

Gracias Señor por habernos ayudado a organizar este encuentro, por mi equipo de trabajo que se ha esforzado y ha dado lo mejor de si mismo. Por mi Consejo Diocesano que me ha respaldado y ayudado. Por el Consejo Nacional que no ha dejado en ningún momento de apoyarnos, por la Vocalía Nacional de jóvenes por que sin su presencia no se hubiera realizado este evento, por Don Pedro Luis Herrera, presidente de la Sección de San Lorenzo de El Escorial cuya ayuda ha sido esencial. Y por último por todos los jóvenes que han asistido y han dado vida a este proyecto.

María del Pilar Rodrigo Lapeira

Vocal Diocesana de Jóvenes



LOA

*¡Oh sabroso maná muy diferente
del que comió Israel en el desierto,
que aunque cayó del cielo, fue pan muerto,
más vos vivificáis eternamente.*

*¿Qué liberalidad omnipotente,
que divino misterio o que concierto
que estando vos, Señor, así encubierto
veamos sin sujeto el accidente?*

*No paséis adelante, entendimiento,
sin que llevéis la fe por norte y guía,
ni busquéis el porqué, cómo, ni cuando;*

*porque no se destemple el instrumento
creedlo, y no lo vais escudriñando,
y saldréis con victoria en la porfía.*

Juan López de Úbeda

TRES MESES

El Católico Taro Eso, elegido Primer Ministro Japonés

El católico Taro Aso fue elegido Primer Ministro de Japón después de una abrumadora votación en la Cámara de Diputados, donde fue respaldado por 337 votos de un total de 477, convirtiéndose de esta manera en el segundo católico en ocupar este cargo en la historia de este país.

Un Congreso celebra en Washington los 20 años de la "Mulieris Dignitatem"

La Carta Apostólica de Juan Pablo II "Mulieris Dignitatem", la primera en la historia dedicada completamente a las mujeres, sigue guiando la reflexión sobre el mundo de la mujer y sobre su contribución a la sociedad. Recientemente se ha celebrado, en el Centro Cultural Juvenil Juan Pablo II de Washington, capital de Estados Unidos, un congreso promovido por la Ave María School of Law y por la Catholic University of America Columbus School of Law. El objetivo, según los promotores, es reflexionar sobre los veinte años de vigencia de la Carta, así como sobre los nuevos desafíos de la sociedad contemporánea sobre el papel de la mujer.

Misa en San Pablo Extramuros por apertura del Sínodo

El domingo 5 de octubre a las 9:30 en la Basílica de San Pablo Extramuros, Benedicto XVI presidió la concelebración eucarística con los Padres Sinodales con motivo de la apertura de la XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre el tema «Verbum Domini in vita et missione Ecclesiae»

El número de seminaristas se duplica en un año en la diócesis de Valencia

El Seminario Mayor de la diócesis de Valencia, ubicado en la localidad de Moneada,

ha iniciado este curso con la incorporación de diecisiete nuevos alumnos, con lo que duplica el número de seminaristas de nuevo ingreso en un año. En el curso 2007-2008 ingresaron siete nuevos seminaristas. El Seminario Mayor, que cuenta en la actualidad con 43 alumnos, no recibía a tantos estudiantes de nuevo ingreso desde el curso 2001-2002, cuando entraron dieciocho, según el rector del centro, Rafael Albert.

El aumento del número de seminaristas es "un motivo de alegría y de esperanza para nuestra diócesis de Valencia", ha expresado Albert La mayoría de los diecisiete jóvenes ha entrado en el Seminario Mayor tras haber concluido sus estudios en la Enseñanza Secundaria Obligatoria, mientras que otros dos han terminado la licenciatura de Arquitectura Superior, uno ha concluido sus estudios de Económicas y dos más proceden del mundo profesional

A los nuevos Obispos: Aprended de San Pablo

Benedicto XVI recibió el 20 de Septiembre, en el palacio apostólico de Castelgandolfo, a un centenar de obispos recién nombrados, que participan en un seminario de actualización, promovido por la Congregación para la Evangelización de los Pueblos. «El congreso en que participáis -dijo el Papa- se coloca en el curso del Año Paulino, que la Iglesia celebra con el propósito de profundizar en el conocimiento del espíritu misionero y la personalidad carismática de San Pablo».

«Estoy seguro de que el espíritu de este «maestro de las gentes» en la fe y en la verdad (...) no dejará de iluminar y enriquecer vuestro ministerio pastoral y episcopal -prosiguió el Papa-, recordando que la frase «maestro de las gentes» (...) se abre al futuro proyectando el ánimo del Apóstol hacia todos los pueblos y todas las generaciones».

Soria acogerá una nueva edición de Las Edades del Hombre

Bajo el lema "**Paisaje interior**", la concatedral de San Pedro de Soria acogerá, entre los meses de mayo y noviembre de 2009, la decimoquinta edición de Las Edades del Hombre. En esta exposición se reunirán cerca de 180 obras de arte para evocar la rica espiritualidad soriana. Los organizadores proponen la visita a dos ermitas de la provincia con frescos románicos de gran valor: la de San Baudelio, en Casillas de Berlanga, y la de San Miguel, en Gormaz.

El hasta ahora Secretario de la Fundación de las Edades del Hombre, Juan Álvarez Quevedo, ha recordado que, en Soria, se completará el recorrido de las exposiciones por todas las capitales de Castilla y León, desde que en 1988 tuvo lugar la primera en Valladolid.

Matrimonio y familia: ¿valores a la baja?

Con el título 'Matrimonio y familia: ¿valores a la baja?', la Fundación García Morente, la Fundación Turrís Davídica y la Asociación Matrimonio y Familia han organizado un ciclo de conferencias que comenzó el día 26 de septiembre de 2008, y se prolongará hasta el 24 de abril de 2009. Los encuentros se celebrarán en el Salón de Actos de la Facultad de Teología San Dámaso, situado en la calle Jerte, número 10, de Madrid.

El ciclo se dividirá en tres partes: la primera matrimonio y familia; la segunda, la cultura de la vida frente a una cultura de la muerte y la última, matrimonio y familia (parte 2).

Las personas que deseen más información pueden llamar al número de teléfono 913431054 ó 609087362 o mandar un e mail a:

informacion@matrimonioyfamilia.org.

María, cercana a nuestros corazones

Finalizada la celebración eucarística Lourdes, el Papa rezó el Angelus y recordó que cada día, gracias a esa oración, «cuan-

do las primeras horas del día comienzan a hacer sentir el peso de la fatiga, nuestra disponibilidad y generosidad se renuevan gracias a la contemplación del «sí (...) limpio y sin reservas de María». «Mientras que el pecado divide, nos separa a unos de otros -continuó-, la pureza de María la hace infinitamente cercana a nuestros corazones, atenta a cada uno de nosotros y deseosa de nuestro verdadero bien. Estáis viendo, aquí, en Lourdes, como en todos los santuarios marianos, que multitudes inmensas llegan a los pies de María para confiarle lo que cada uno tiene de más íntimo, lo que lleva especialmente en su corazón».

El Pabellón de la Santa Sede en la Expo recibió más de 450.000 visitas

El Pabellón de la Santa Sede en la la Exposición Internacional de Zaragoza 2008 ha cerrado sus puertas el pasado domingo, tras 93 días de exposición, habiendo recibido un total de 453.168 visitas, según informa esta institución.

A pesar de ser uno de los pabellones más pequeños de la exposición, con 330 metros cuadrados, ha sido proporcionalmente uno de los más visitados. Según las encuestas realizadas entre los visitantes, el pabellón ha obtenido una puntuación de 8,9 sobre 10.

Entre las personalidades que han acudido a verlo destacan la Reina de España doña Sofía, el ex presidente de la Generalitat de Catalunya, Jordi Pujol, la ministra de defensa, Carme Chacón y el presidente de Aragón, Marcelino Iglesias.

Por parte de la jerarquía, cabe destacar la visita del cardenal Renato Martino, presidente del Consejo Pontificio para las Migraciones, el cardenal John Patrick Foley, gran maestro de la Orden del Santo Sepulcro, y los cardenales Antonio Cañizares, Carlos Amigo, arzobispos de Toledo y Sevilla respectivamente.

En total, se han expuesto 39 obras de arte, de las que el favorito de los visitantes ha sido «El Bautismo de Cristo» de El Greco, procedente de la Fundación Casa Ducal de Medinaceli.

SAN PABLO, EL APÓSTOL DE JESÚS Experiencia y enseñanzas de "la vida de Cristo" Gonzalo Aparicio Sánchez



En la festividad de san Pedro de 2007 el Papa Benedicto XVI anunciaba el "Año Paulino" en los siguientes términos: «... me alegra anunciar oficialmente que al apóstol san Pablo dedicaremos un Año jubilar especial del 28 de junio de 2008 al 29 de junio de 2009, con ocasión del bimilenario de su nacimiento, que los historiadores sitúan entre los años 7 y 10 después de Cristo.»

Sobre san Pablo se ha dicho y escrito mucho. Pero apenas se le ha llamado "Apóstol místico", es decir, el que vive profundamente, y señala a los demás el camino de "la vida en Cristo". Es lo que él vivió con verdadera pasión y quiso dejar como la esencia de su mensaje: "todo lo estimo pérdida, comparada con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo perdí todo y todo lo estimo basura con tal de ganar a Cristo y existir en él". "No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí..." "Para mí, la vida es Cristo..."

Desde esta perspectiva, el autor de la obra de la Editorial Edibesa, **Gonzalo Aparicio Sánchez**, describe la experiencia que Pablo tenía de su "vida en Cristo", y la doctrina de sus cartas, en las que va desgranando esta profunda convicción y aplicándolas a las distintas facetas de la vida.

Y lo hace en las dos partes que componen el libro: Primera, la experiencia y la doctrina de san Pablo en la que va desarrollando los distintos aspectos de esta realidad mística: "La vida en Cristo" que es la Vida. Segunda, la lectura meditativa de las Cartas de Pablo, entresacando y aplicando a la vida del cristiano las enseñanzas más importantes del que, con toda razón, se le puede denominar "El Apóstol de Jesús", porque Cristo era todo para él.

La primera parte comprende catorce temas, todos ellos sugestivos. Y la segunda diecinueve. De estos destacaría para nuestra causa dos: el 4. La Eucaristía. "Estoy crucificado con Cristo, vivo yo pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí". Y el 6. Comunión: Tened vosotros los mismos sentimientos que tuvo Jesús. La espiritualidad y vivencias de la Eucaristía.

Es precisamente la conversión de Pablo lo que le convierte para todo cristiano en un ejemplo a seguir para imitar a Cristo, único modelo del que profesa la fe cristiana.

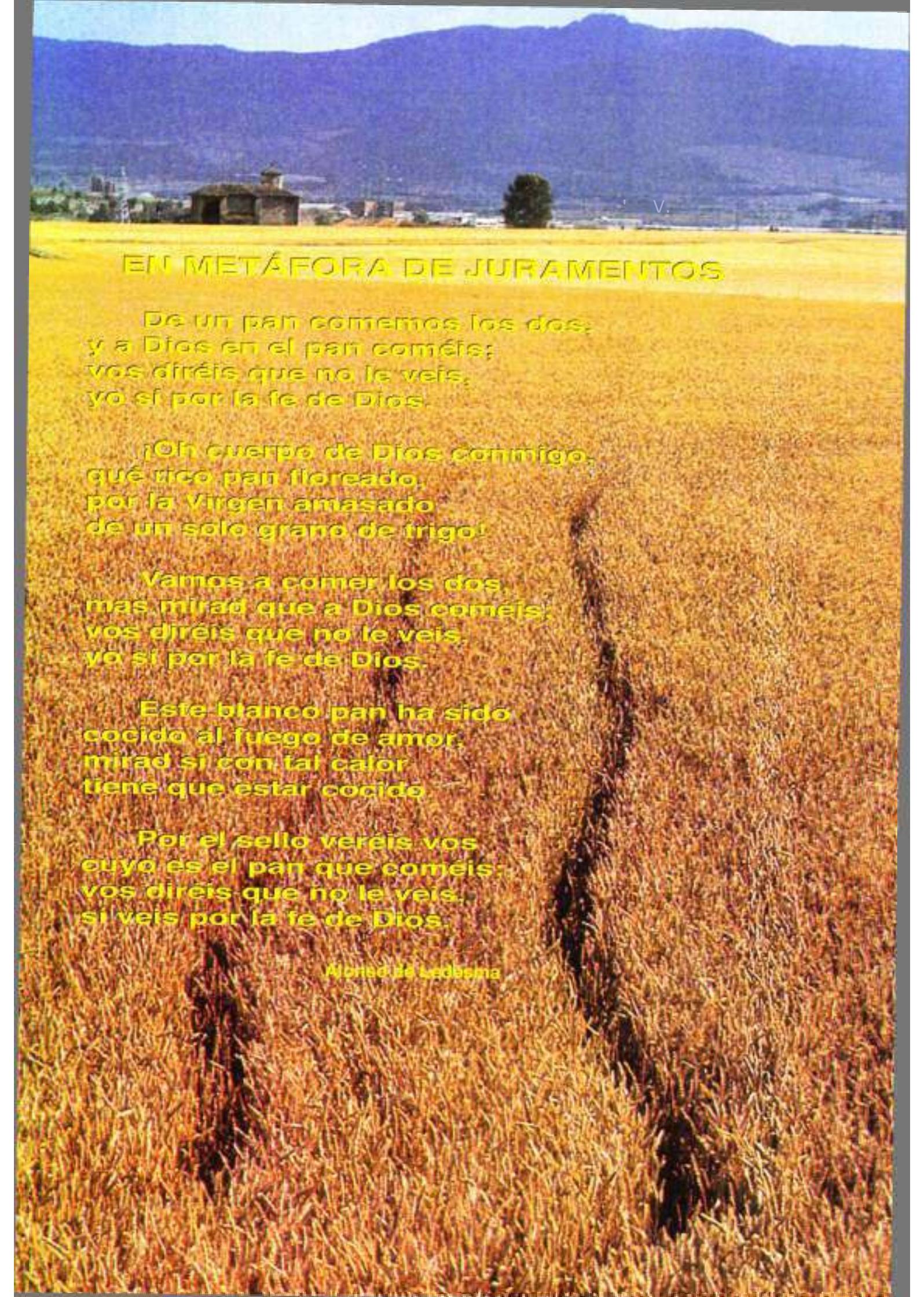
La palabra misma de contemplación no aparece en sus escritos, pero se encuentra en los términos de "conocimiento espiritual", "vida en el Espíritu", "dejarse guiar por el Espíritu", "en el Espíritu de Cristo".

Pablo insiste en "su evangelio", tiene la convicción de tener, por vocación divina, la misión de proclamar el mismo mensaje, pero con unas características y modalidades propias. "Su evangelio" es el anuncio de la salvación por medio de la fe en la cruz de Cristo, que nos ha redimido y que ha resucitado, para que todos tengamos nueva vida de gracia y eternidad con el Cristo glorioso, con el que se ha encontrado en Damasco.

El estilo misionero de Pablo comienza con una opción y decisión fundamental de seguir a Cristo incondicionalmente. Su vida es la de un enamorado de Cristo crucificado y resucitado. Por eso le quiere amar sin reservas y darle conocer a todos sin distinción.

Leer a san Pablo es hacerse contemporáneo suyo, es estar sentado entorno a una mesa con otros hermanos, viéndole y escuchándole, como si le estuviéramos tocando, sintiéndole hablar, gesticular, alegrándonos con su voz de hombre pequeño de estatura, pero vibrante, encendida, tonante, fuerte y sin morderse la lengua. Es descubrir lo que hizo, lo ha hecho estos últimos años, los movimientos que ha inspirado, las vidas que ha iluminado y sostenido, porque sus escritos son su vida, lo que amaba, lo que hacía, su carácter, su intimidad, su palabra viva.

José Luis Otaño. SM



EN METÁFORA DE JURAMENTOS

De un pan comemos los dos;
y a Dios en el pan coméis;
vos diréis que no le veis,
yo sí por la fe de Dios.

¡Oh cuerpo de Dios conmigo,
qué rico pan floreado,
por la Virgen amasado
de un solo grano de trigo!

Vamos a comer los dos,
mas mirad que a Dios coméis;
vos diréis que no le veis,
yo sí por la fe de Dios.

Este blanco pan ha sido
cocido al fuego de amor;
mirad si con tal calor
tiene que estar cocido.

Por el sello veréis vos
cuyo es el pan que coméis;
vos diréis que no le veis,
si veis por la fe de Dios.

Alonso de Ledesma